

BIBLIOGRAFÍA TRINITARIA

FÉDOU, M., *Jésus Christ dans l'histoire humaine et le mystère de Dieu. Essai de christologie*, Cogitatio fidei 322, Les Éditions du Cerf, Paris 2024, 616 pp.

En su momento dimos cuenta aquí de las grandes obras de este autor jesuita, profesor emérito de patristica y de teología dogmática en las Facultés Loyola de París, como *La voie du Christ. II. Développements de la christologie dans le contexte religieux de l'Orient ancien, d'Eusèbe de Césarée à Jean Damascène (IV^e-VIII^e siècle)*, seguido de *La voie du Christ. Évolution de la christologie dans l'Occident latin d'Hilaire de Poitiers à Isidore de Séville (IV^e-VII^e siècles)*, *EstTrin* 51 (2017) 198-203. A esta gran historia aquí recensionada precedió *La voie de Christ. Genèses de la christologie dans le contexte religieux de l'Antiquité du II^e siècle au début du IV^e siècle* (2006), volumen que no llegó a nuestra revista. Por último, en 2019 publicó siempre en la misma editorial Du Cerf, *Jésus Christ au fil des siècles. Une histoire de la christologie*, *EstTrin* 54 (2020) 189-193. He recordado estos trabajos para poner de relieve la calidad científica sobre la que se apoya este ensayo de cristología. No sin mérito recibió en 2022 el Premio Ratzinger, que es como decir el Nobel en Teología [para destacar sus méritos: cfr. Premio Ratzinger 2022 (fondazioneratzinger.va)].

Ya en el título quiere resumir el autor el contenido y la dirección de este libro. Pretende poner de relieve no sólo la persona y obra de Jesucristo tal como los autores de los relatos evangélicos la han

rememorado, como algo que tendría valor al interior de la comunidad apostólica, primero, y luego para los seguidores suyos en la Iglesia y en las distintas comunidades eclesiales, esto es algo cierto, por supuesto, pero Fédou insiste en destacar que la figura y obra de Jesús va más allá de la Iglesia hacia toda la Humanidad (“en la historia humana”), y eso, desde los mismos relatos evangélicos donde aparece Jesús abierto y cercano a los de fuera, sea los descartados por su pobreza, por su ignorancia de la Ley, o por sus enfermedades, sin olvidar a las gentes de las “naciones”. El autor pretende en este libro insertar a Jesús en la Humanidad, como patrimonio de la Humanidad, podríamos decir, y no sólo porque Él ha dado la vida “por la multitud”, que es como los franceses han traducido el “*pro multis*”, evitando así los inacabables debates académicos y pastoralistas. Pero precisamente por esta vinculación-inserción del “Verbo hecho carne” con/en la historia humana (la historia de los hombres, que no hay otra...) aparece la segunda afirmación del título referida al “misterio de Dios”, es decir, la apertura/revelación del misterio de Dios, pues a Jesús solo se le entiende (palabras y obras) desde el Padre de quien es el Unigénito. A modo de subtítulo, Fédou con toda modestia califica este trabajo como “Ensayo de cristología”, porque no desea que se considere una cristología más, sino una reflexión sobre el misterio de Cristo que atienda a las dificultades que hoy siente mucha gente al acercarse a la figura de Jesús, gran hombre, eso está claro, pero dar el paso a considerarlo “Mediador”, “Hijo del Hombre”, e “Hijo de Dios”. Eso ya es otra cosa. Pero ¿cuál es la justificación primera y última de la cristología?: “Proporcionar las palabras para hablar de Jesús tal como un día se reveló y tal como lo percibe la comunidad cristiana; mostrar como el “Hijo del hombre” es efectivamente reconocido como “Señor”; en una palabra: dar cuenta de Jesucristo en la historia humana y en el misterio de Dios”. Así termina este “ensayo de cristología”.

Para desarrollar este trabajo que ha de inscribirse “en el movimiento de la doxología”, el autor lo organiza en tres partes. En la primera, aborda los “relatos evangélicos” sobre los cuales ha de apoyarse cualquier reflexión sobre el misterio de Cristo, dando preferencia al relato de Marcos, para luego completarlo sobre los temas (“testimonios”) destacados de los otros dos sinópticos y, naturalmente, del cuarto

evangelio, cuya referencia al Prólogo es constante, pero “prólogo” al relato que sigue. En la segunda parte trata de la génesis y el significado de la fe en Cristo, como quien dice los presupuestos que dieron lugar a los relatos escritos. Como los evangelios fueron compuestos a partir de la experiencia pascual, eso significa que dan testimonio de lo que dijo e hizo Jesús iluminados por la fe en él, porque creían en él recogieron y organizaron todas las tradiciones que sobre él circulaban por las comunidades cristianas, esto no desfigura la historicidad fundamental de lo que narran, pero sí la leen, la interpretan y la completan bajo la inspiración del Espíritu Santo: es una lectura y escritura creyente. Por eso, pasan de los relatos de la vida pública, conocidos por todos, al origen de Aquel que ya en sus acciones y predicaciones por Galilea fue percibido como alguien fuera de lo normal, de una palabra poderosa y de unas acciones deslumbrantes y provocadoras, digo que los autores de los evangelios pasan de la vida pública al comienzo de su vida terrena, los evangelios de la infancia para dar razón de quién era Jesús, y más tarde, Juan se remonta al origen eterno junto al Padre como su Verbo o Logos en su preexistencia. Hasta aquí lo que podríamos llamar una cristología ascendente que parte de la historia y se inserta en la historia de Jesús en un tiempo y en un pueblo determinados. El siguiente paso será trazar los rasgos de una cristología descendente, la cristología del Logos, el Unigénito del Padre, que desciende a nosotros, es el contenido de la tercera parte en la que desarrolla en esa clave el arco que va de la Encarnación a la Parusía. Como no estamos muy acostumbrados a una lectura descendente de la cristología creo que merece la pena releer estos dos últimos capítulos que son, como quien dice, el punto de vista de Dios y de su *oikonomía* expresada en el envío del Unigénito, previsto desde siempre, en la historia de la salvación hasta su plena realización en la recapitulación de todas las cosas en él para que Dios lo sea todo en todo. En esta tercera parte, reflexiona sobre los problemas / herejías a que han dado lugar la confesión cristológica del “Verbo hecho carne” como el porqué de la encarnación (*cur Deus homo?*) y su significado para la antropología, luego las dificultades tempranas por parte del gnosticismo y el adopcionismo pues era muy difícil dar razón de Dios sumamente trascendente con su condición humana en un hombre, un pueblo, un mundo determinados, y encima

acabando en la Cruz; más tarde surgieron otras cuestiones en torno a la doble condición humana y divina de Cristo resuelta en la llamada “unión hipostática”; y la última razón de la Encarnación sólo tiene una explicación en la *kénosis* que en la cruz alcanza la mayor revelación de la Trinidad divina. En el último capítulo aborda la difícil cuestión que va de la Ascensión al fin de los tiempos: si Cristo ya ha realizado la reconciliación con Dios, cómo se explica su presencia a lo largo de la historia, pues muchos lo rechazan, lo crucifican en los perseguidos y demás descartados de la historia, y otros lo acogen en la oración, en la liturgia, en los sacramentos, en el servicio a los más humildes. El significado de Jesucristo como único Salvador del mundo lo trata el autor con “discreción” frente a las distintas tradiciones religiosas desde el respeto, pero sin ocultar esta central confesión cristológica, pues Jesús es el único Mediador, el único Engendrado, el Hijo del hombre. Evidentemente, estos títulos alcanzan todo su significado dentro del misterio trinitario de Dios donde la referencia al Padre y a la acción del Espíritu impregnan la vida, la palabra y la obra redentora de Jesús. Algunos asuntos problemáticos, como la virginidad de María *ante partum, in partu et post partum*, son tratados con la máxima delicadeza, sin dejar por ello de citar a ciertos autores católicos como Hans Küng que rechazan en ella “un acontecimiento biológico e histórico” (p. 416, nota 1 donde apunta los motivos de este rechazo en la antigüedad y en la actualidad), y no digamos la cuestión de los “hermanos” de Jesús que según J.P. Meier, autor al que sigue con frecuencia, “la opinión más probable” es que sean “verdaderos hermanos y hermanas”, aduciendo a continuación la afirmación categórica de D. Marguerat para quien “Jesús tenía como mínimo seis hermanos y hermanas... de sangre” (p. 423, nota 1). Tampoco creo que Teresa de Ávila e Ignacio de Loyola se sintieran a gusto en compañía de Lutero cuando el autor habla de la imitación de Cristo o de su seguimiento al comienzo de la época moderna (p. 560). Como es costumbre, buena costumbre, el autor se apoya en autores (exegetas y teólogos) de habla francesa o traducidos (no muchos) al francés del alemán o del inglés o del español como Pagola y Jon Sobrino. Por aquí esa forma de proceder es una rareza.

Termino con una felicitación muy sincera por esta gran obra de Michel Fédou que nos acerca a Jesús, su obra y su misterio, a las

circunstancias actuales tan necesitadas de hacer resonar su Evangelio, su buena noticia de salvación para los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Sería muy deseable que alguna editorial procediera a traducir este libro con gran provecho para los lectores de lengua española. – *José María de Miguel González, OSST*

GÓMEZ GARCÍA, E. Y SOMAVILLA RODRÍGUEZ, E. (coords. y eds.), *Creer en un único Dios, ¿vehículo de violencia o de fraternidad universal?*, RCU María Cristina-CTSA, Madrid, 2023, 253 pp.

La sensibilidad evangélica no puede menos de sentirse interpelada ante los múltiples acontecimientos que se están sucediendo y que, al contrario de lo que pidiera el papa Francisco en *Fratelli Tutti*, dejan entrever que el ideal de la amistad social está lejos de concretarse. Uno de esos últimos hechos, que va camino de eternizarse, es el conflicto surgido en Oriente Próximo, a raíz de un atentado terrorista y respondido virulentamente, entre palestinos e israelíes. Ni que decir tiene que, tras él, se esconden factores de diversa índole, siendo uno de ellos el religioso, afectando de lleno al conflicto entre dos de los monoteísmos más significativos en el discurrir histórico. Aunque esta contienda no había estallado todavía cuando los editores de esta monografía se propusieron reflexionar sobre la tan traída y llevada pregunta de si le es inherente al monoteísmo la violencia, en virtud de su pretensión de absolutez salvífica y de verdad, qué duda cabe que sirve para mostrar, una vez más, la vigencia de publicaciones como esta.

Es un hecho que en los últimos años se ha dado un resurgir de los estudios sobre el monoteísmo –baste citar las obras colectivas *Monotheismus Interreligiöse Gespräche im Umfeld moderner Gottesfragen im Anschluss an Hermann Stiglecker*, Brill/Schöningh, Einbeck 2021; *Monotheism and Its Complexities: Christian and Muslim Perspectives*, Georgetown University Press, Washington D.C. 2023; *Le Dieu un: Problèmes et méthodes d'histoire des monothéismes. Cinquante ans de recherches françaises (1970-2020)*, Brepols, Turnhout 2022 y *Monothéisme et trinité*, Presses Universitaires Saint-Louis Bruxelles, Bruxelles 2019; u otras

como Eckhard Nordhofen, *Corpora. Die anarchische Kraft des Monotheismus*, Herder, Freiburg 2018; o la colección de publicaciones sobre el tema en la serie *Cambridge Elements*—, bien para profundizar en su dinámica fiducial interna, bien para criticarlo. Esto podría llevar a pensar que no surgirá nada nuevo bajo el sol. Sin embargo, el presente estudio quizá aporta un enfoque peculiar. Si bien es verdad que el interrogante del que surge, y que perfectamente desentraña el Dr. Enrique Gómez García en su presentación, es el que aparece en el título y el que podemos escuchar por la calle o encontrar en las declaraciones de ciertos intelectuales, el enfoque original de estas páginas atiende a lo que el autor refleja al expresar que “los textos monoteístas han servido para que el ser humano se enfrente a absolutizaciones y totalitarismos, y fungir así como instancia crítica de la violencia y de la explotación” (p. 19). Es decir, los autores del libro no reflexionan tanto sobre la pregunta planteada cuanto, en la perspectiva marcada por la *Fratelli Tutti*, del hecho de la ‘entraña humanista’, por parafrasear el famoso título de Gómez Caffarena, de los monoteísmos cristiano, judío y musulmán; de lo que estos monoteísmos han aportado a la humanización y al progreso de las sociedades y de la creación. En este sentido, cabe destacar como otro de los grandes aciertos del monográfico que, si bien casi todos los autores se profesan cristianos, el apartado más sistemático de la reflexión cuenta con la perspectiva de uno de los teólogos sistemáticos de teología trinitaria más afamados de Europa, como es el Dr. Ángel Cordovilla; con uno de los rabinos más reconocidos en diversos ámbitos, y muy significativamente en el español, como es el Dr. Benito Baruj Garzón; y una de las grandes promesas del pensamiento sufí hispánico, como es el imán Dr. Antonio de Diego González. De esta manera, se habla desde dentro de cada uno de los respectivos monoteísmos, con lo que el lector puede escuchar una voz plural que en absoluto rompe la armonía.

Por lo que a contenidos se refiere, aunque el libro se divide en nueve capítulos, correspondientes a nueve colaboraciones; sin embargo, se percibe en él un proyecto aglutinado en torno a tres grandes ejes. El primero se centra, en un ámbito más propio de la filosofía, teología y fenomenología de las religiones, en la posibilidad o no, desde las propuestas monoteístas, de un diálogo interreligioso. A partir

del desiderátum de los últimos Pontífices, el Dr. Enrique Somavilla responde afirmativamente, basado en que el diálogo le es inherente al ser humano, aunque ello no elude cierto entrenamiento, habida cuenta de que es, ante todo, una actitud y una disponibilidad interior, de modo que el diálogo interreligioso puede convertirse en camino hacia la tan anhelada convivencia fraterna. Por el contrario, el Dr. Carlos Díaz se muestra crítico con esta postura, negando tal posibilidad en razón del mismo Dios, si no se quiere incurrir en falsos y peligrosos irenismos que niegan la identidad; imposibilidad, dicho sea de paso, de la que no se deriva una cerrazón extrañante o amenazadora, sino la apertura a una ‘ecumene mínima’, que tiene que ver con la ‘sanación compasiva’. No pasa desapercibido que ambos pensadores coinciden en dos realidades: el carácter misterioso y siempre mayor del Dios en el que creemos, y la derivación de un determinado comportamiento propositivo y constructivo, si queremos ser honrados con ese Dios.

El segundo se fija en algunas constataciones de la experiencia cotidiana. Por una parte, el Dr. Bert Daelemans realiza un apasionante peregrinaje de la comprensión de una divinidad violenta a otra vulnerada a través del arte. Explicita así el cambio de sensibilidades y la maduración fiducial acontecidos en los propios credos monoteístas, y propugna la esperanza y la tendencia a la bondad que se percibe en tres frentes bien concretos, a saber: el arte urbano, las redes sociales y el séptimo arte. Por su parte, atenta al lenguaje veterotestamentario, la exégeta Isabel Alfaro profundiza en el siempre inquietante ámbito de las imágenes de Dios, influidas por una mentalidad androcéntrica, y la espinosa correspondencia entre estas y la violencia social expresada hacia las mujeres. Según ella, la mentalidad masculina resulta inadecuada para acercarse a lo que Dios es, con lo que una sensibilidad menos androcéntrica permite vislumbrar una divinidad capaz de generar relaciones más justas e igualitarias entre mujeres y varones, como reflejan ciertos pasajes bíblicos.

El tercero puede considerarse propiamente exegético y se centra en el estudio tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Por una parte, la Dra. Inmaculada Rodríguez Torné explica que el Antiguo Testamento no es ajeno a los referentes escritos de la época, por lo que sus páginas transmiten violencia; una violencia de la que se contagia

la misma denominación de la divinidad como Dios de los ejércitos o Dios guerrero, pero que no por ello deja de experimentarse como el Dios de paz, es decir, el Dios que acompaña, guía y protege a su pueblo. Por su parte, el Dr. Santiago Guijarro Oporto sostiene que, si bien toda religión monoteísta corre el peligro de ser violenta cuando se torna exclusivista, el mensaje de Jesús en el evangelio refleja un Dios inclusivo, un Dios-Abbá, bondadoso y misericordioso, pendiente de los vulnerables e ignorados sociales. Lo significativo de este mensaje radica en que no solo se predica de palabra, sino que se hace vida en Jesús, en su ductus existencial: en él coinciden una determinada imagen de Dios y el proyecto que tiene reservado para los seres humanos, el reino. Así, el monoteísmo jesuánico no puede menos de remitir a un proyecto humanizante y humanizador, ajeno a toda violencia, exclusión o destrucción.

Finalmente, en el cuarto, como se ha insinuado, se escucha la armonía polifónica de los credos judío, cristiano y musulmán. El Dr. Benito Baruj Garzón, partiendo de la imagen judía de la divinidad, presenta la novedad que supuso en un contorno politeísta la irrupción de una fe monoteísta; un Dios y una fe de la que dimanaban unas dimensiones éticas para el bien toda la humanidad, como se advierte en el decálogo. Por su parte, el Dr. Ángel Cordovilla aborda el denominado monoteísmo trinitario y sus repercusiones indirectas en la realidad social y el pluralismo religioso, no a la manera de una teología política o liberadora al uso, sino desde la teología ética autónoma. La manera de ser plural y relacional del Dios Trinidad de personas inspira la acción moral de los seres humanos, que han de configurar una cultura de la convivencia y de la fraternidad, opuesta, crítica y detractora de toda forma de totalitarismo y de todo rechazo del distinto. Finalmente, el Dr. Antonio de Diego reivindica en su colaboración la recuperación del humanismo por parte del islam: si los monoteísmos, más concretamente el suyo, han degenerado en manifestaciones históricas violentas no se debe al meollo fiducial de dichos monoteísmos, sino a la corruptela cultural que los ha opacado y que ha sustituido la fe por ideología, anquilosándose y mostrándose incapaz de reaccionar ante la modernidad y la postmodernidad plurales. De ahí la necesidad de apostar por relecturas de las distintas fes monoteístas que respeten

a las personas y su dignidad y cuiden del entorno ecológico, siendo este el único desarrollo, por desgracia, en este monográfico a esta problemática tan reivindicada en nuestros días. En fin, el lector tiene en sus manos una seria reflexión sobre el fenómeno del monoteísmo, abordado desde una variedad de perspectivas y escuchando a los credos más significativos al respecto, sin ahorrarse en críticas a tergiversaciones fiduciales y convergiendo hacia la configuración de una sociedad y una naturaleza más plenificadas y plenificantes. Como último apunte, quizá no hubiera estado de más una orientación bibliográfica final. — *EGOGA*.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

GARCÍA IBÁÑEZ, Á., *Conversión y Reconciliación. Tratado histórico-teológico sobre la Penitencia postbaptismal*, Eunsa [Ediciones Universidad de Navarra, S.A.], Pamplona 2024, 575 pp.

El autor es profesor ordinario o catedrático de Teología Sacramentaria en la Pontificia Università della Santa Croce, en Roma. Antes de escribir este texto ya le conocíamos por otro de parecida envergadura publicado en italiano en 2006, a saber, *L'Eucaristia, dono e mistero. Trattato storico-dogmatico sul mistero eucaristico*, que fue traducido al español por EUNSA en 2009 con una pequeña variación en el subtítulo: *“La Eucaristía, don y misterio. Tratado histórico-teológico sobre el misterio eucarístico”*, 631 pp., del cual hice la recensión en esta misma revista *EstTrin* 43 (2009) 624-625. Ambos tratados se inscriben en la colección de manuales de la Facultad de Teología de dicha Universidad romana bajo el epígrafe de “Sussidi di Teologia”, esta observación hay que tenerla presente como motivación y orientación de este tratado histórico-teológico sobre la penitencia posbaptismal: los destinatarios principales del presente manual son los profesores y alumnos que enseñan y estudian este sacramento. Si esto vale para la edición italiana, igualmente será de provecho para los lectores (profesores y alumnos, sobre todo) de habla española. La traducción de este manual la ha realizado el propio autor del original italiano, del que dimos cuenta aquí *EstTrin* 55 (2021) 184-187. En el Prólogo a la edición española dice el autor que, con respecto a la edición italiana de 2019, “se ha puesto al día la normativa eclesíastica referente al sacramento de la penitencia,

teniendo presentes los cambios introducidos en el nuevo Libro VI del Código de Derecho Canónico con la Constitución Apostólica *Pascite Gregem Dei* (1 de junio de 2021)".

En el título mismo ya expresa el autor cómo entiende y lo que persigue este sacramento: ante todo, la conversión del penitente cuyo fruto es la reconciliación con Dios y con la Iglesia, *por medio* de la Iglesia y *en la* Iglesia. Me parece estupendo que en el subtítulo haya destacado que se trata aquí de la conversión posbautismal (en referencia a la primera sellada por el bautismo), que va siendo hora de que los penitentes relacionen (relacionemos) los pecados con las promesas bautismales que recordamos y renovamos todos los años en la Vigilia pascual. El carácter prevalentemente didáctico de este tratado salta a la vista al observar su estructura tripartita: en la primera parte recorre exhaustivamente la historia de este sacramento (ateniéndose a las investigaciones más solventes hoy disponibles), distinguiendo claramente dos secciones, en la primera, más breve, expone el testimonio o fundamento bíblico desde los evangelios al apocalipsis, para pasar luego a la segunda sección, mucho más larga, porque recorre el desarrollo de la doctrina y la praxis penitencial a lo largo de la historia, desde los primeros padres, pasando por la aportación de los escolásticos, la impugnación de los reformadores y la respuesta de Trento, hasta la reforma del Vaticano II concretada en el *Ordo Paenitentiae* de 1973. El objetivo de este recorrido es mostrar cómo más allá de las distintas formas de la configuración de este sacramento y de su celebración, se mantienen siempre los datos esenciales y perennes que han de tenerse en cuenta en la síntesis teológica y en la praxis pastoral, evidentemente estos elementos esenciales, presentes en todas las etapas de la historia de la celebración de este sacramento, son los que se fundan en las palabras, gestos y obras de Jesús, que luego la Iglesia apostólica fue discerniendo y aplicando con la ayuda del Espíritu Santo, discernimiento que culmina en el concilio de Trento donde se afirma que la institución por parte de Cristo de este sacramento se localiza "praecipue" cuando del Resucitado "insufflavit" el Espíritu sobre los discípulos para la remisión y retención de los pecados (Jn 20,22s). Y aquí se fundamenta la dimensión trinitaria de este sacramento por medio del cual el Padre

reconcilia al mundo consigo, como dice el Apóstol, por la muerte y la resurrección de su Hijo mediante la efusión del Espíritu, como se nos recuerda en la fórmula de absolución. Por eso el autor pone de relieve “la dimensión cristocéntrico-trinitaria de la penitencia sacramental”, con objeto de “evitar así el riesgo de caer en una interpretación reductiva del sacramento, sea en clave prevalentemente eclesiológica, sea en clave antropológica”. A diferencia de otros tratados, éste no comienza el discurso bíblico sobre la penitencia y el pecado con el AT, o sea, siguiendo el orden de la *historia salutis*, sino que, sin olvidar la pedagogía divina tal como se va mostrando a lo largo de la historia de la salvación, ha preferido partir del acontecimiento de Cristo que es la culminación de aquella, y por tanto le parece metodológicamente mejor hacer ver a los cristianos desde el principio la novedad de la penitencia que están llamados a practicar: hacer penitencia, convertirse, lo han de hacer a la luz de la enseñanza de Jesús, plenitud de la revelación y de la voluntad salvífica de Dios, tal como la ha interpretado, enseñado y practicado la Iglesia desde los orígenes.

Después de este largo recorrido sobre el Sacramento de la Penitencia en la historia, realizado en seis capítulos (45-390), al final de cada uno de ellos con la bibliografía específica correspondiente, algo que volverá a ofrecer en los cinco capítulos de la segunda parte (393-553), en la que emprende un tratamiento teológico-sistemático de la penitencia sacramental (obsérvese que ya en el epígrafe se destaca la dimensión sacramental de la penitencia). Este parte consta de dos secciones; en la primera traza los elementos fundamentales de este sacramento, desde la estructura de la celebración, pasando por el penitente, o sea, los actos del penitente (contrición, confesión y satisfacción) y el ministro del sacramento; en la segunda sección expone los efectos salvíficos del sacramento de la penitencia, y finalmente, en la tercera que cierra este manual, trata de las indulgencias que histórica y prácticamente están relacionadas con la gracia del perdón que Dios concede a través de este sacramento.

En la breve bibliografía fundamental que ofrece al final del libro (555-556) se refiere a los estudios de carácter bíblico, de carácter histórico y de carácter dogmático, moral, litúrgico y normativo. Es

breve porque, como he dicho, al término de cada capítulo presenta la bibliografía propia del tema tratado en cada uno de ellos, eso sin contar la que aparece en las numerosas notas a pie de página. Podría decirse que el profesor García Ibáñez presenta aquí un tratado bíblico-histórico-sistemático del sacramento de la penitencia con sus implicaciones celebrativas y pastorales completo, desde el punto de vista de los objetivos y destinatarios del mismo. Desde luego, puede sentirse satisfecho el autor del enorme trabajo realizado (y de los resultados del mismo) para ofrecer uno de los dones más grandes que el Señor ha dejado a su Iglesia como realización concreta, en el tiempo hasta su vuelta, de la obra de nuestra salvación. El único problema para llevar a cabo lo que aquí se plantea y ofrece, es que llega tarde, bueno ya era tarde con el Ritual de 1973; me refiero a lo que constató Pío XII el 26 de octubre de 1946, y lo recuerda Juan Pablo II en la Exhortación apostólica *Reconciliación y Penitencia* [2/12/1984] n. 18, la pérdida del sentido del pecado (“el pecado del siglo es la pérdida del sentido del pecado”), y con ella la no necesidad de este sacramento, cuya práctica ha descendió por los suelos y no sólo entre los fieles de a pie... Algo de esto puse de relieve en un artículo publicado en esta misma revista *EstTrin* 53 (2019) 559-600. Me gusta el apartado dedicado al ministro del sacramento y las indicaciones pastorales para realizar bien este ministerio en distintas situaciones y con diferentes sujetos.

García Ibáñez recuerda la doctrina de Trento, y de todos los documentos posteriores hasta el Catecismo, acerca de la integridad de la confesión indicando el número y veces de los pecados, que generalmente en la práctica se refieren al sexto mandamiento, y si el profesor ejerce de confesor habrá notado la dificultad de realizar este capítulo, con sus cánones, de Trento (DS 1679-1683). Si además tiene presente las recomendaciones (o regañinas) a los confesores del Papa Francisco, en fin: que la doctrina, con todas sus implicaciones prácticas, sobre el sacramento de la penitencia posbautismal cuyo fruto es la conversión y la reconciliación, es la que es, y no se puede rebajar para hacerla encajar en una sensibilidad ajena a la conciencia de pecado. Si los destinatarios de este trabajo (no sólo los estudiantes) tan bien y tan claramente presentado, a la vez que asimilan la enseñanza la practican

antes de empezar a ejercerla como ministros del sacramento, el autor, casi sin acudir a las indulgencias, puede esperar un buen recibimiento, cuando le llegue su hora, en el cielo...

Termino citando este largo texto elocuente y realista del autor: “La reforma del Ritual de la Penitencia no ha resuelto, como muchos esperaban, la crisis de la práctica del sacramento. El nuevo ritual es, sin duda, perfectible, pero sería ingenuo pensar que la lucha contra el pecado y la práctica de la penitencia puedan incrementarse y renovarse únicamente a través de doctas discusiones académicas y de las subsiguientes reformas litúrgicas. Sin una fe viva, sin la práctica de la virtud de la penitencia como actitud fundamental y general de la vida cristiana, sin una correcta educación moral del Pueblo de Dios, sin una generosa dedicación de los pastores al cuidado de su grey y a facilitar el acceso a la confesión individual seguida de la absolución sacramental, toda nueva reforma corre el riesgo de quedarse en letra muerta; éste es el gran reto que la Iglesia deberá afrontar en los próximos años” (p. 389).

Como el próximo año 2025 es un Año jubilar, me parece muy oportuna la presentación que el autor hace del tema de las indulgencias, su historia y relación con la penitencia antigua, la aportación de santo Tomás y Trento, así como de los autores modernos como Poschmann, Rahner y otros, su presencia en el Vaticano II sin formar parte de sus documentos, y la resolución que hizo Pablo VI con la Constitución Apostólica *Indulgentiarum doctrina* [AAS 59 (1967) 5-24], con las matizaciones introducidas por el Papa Francisco en la Bula *Misericordiae vultus* (11 abril de 2015) para el Jubileo extraordinario de la Misericordia (2015-2016), doctrina que ha vuelto a recordar en la Bula *Spes non confundit* para el Jubileo ordinario del año 2025 (y antes por la Bula *Incarnationis Mysteriorum* de San Juan Pablo II para la convocatoria del Jubileo del año 2000], todo esto para hacer más comprensible la explicación actualizada del significado de las indulgencias con respecto a las “penas temporales”, restos o reliquias que los pecados dejan en el pecador después de recibir la absolución sacramental. “Obviamente, dice el autor [nota 71, p. 544], lo afirmado en estos documentos no contradice el Magisterio eclesial anterior, ni tampoco supone la

derogación de la Constitución Apostólica *Indulgentiarum doctrina* de Pablo VI, aún vigente”. – José María de Miguel González

SALADO MARTÍNEZ, D., *Pascua sacramental cristiana* (Maiora sacramenta).

I. Iniciación cristiana I: Bautismo pascual. Unción pentecostal, San Esteban, Salamanca, 2022, 854 pp.

Presento el primer volumen de la magna publicación sobre sacramentalidad, titulada *Pascua sacramental cristiana*, del teólogo dominico Domingo Salado Martínez, que vendrá a ser la compilación de los materiales que ha elaborado, sabiamente secuenciado y tenazmente profundizado y ampliando con una innegable labor investigadora y una clarividente exposición académica a lo largo de sus más de cuarenta años como docente de los ‘sacramentos mayores’ en las Facultades de Teología de la Universidad Pontificia de Salamanca, de San Esteban, de San Vicente Ferrer y del Norte de España, Sede Vitoria. El proyecto general de la obra, en cinco volúmenes, queda reflejado por la misma Editorial en la p. 8, con el consiguiente plan de fechas de publicación que, desgraciadamente, no se está cumpliendo.

En el caso que nos ocupa, este primer volumen versa sobre la dupla pascual-pentecostal consignada por la lógica interna de los sacramentos del bautismo y la confirmación. Ni que decir tiene que no ha de verse a manera de un compartimento estanco, como, por desgracia, están proliferando las publicaciones que abordan estos sacramentos. Si la división del tomo viene dada así es por la abundancia de material, tal como reflejan las casi novecientas páginas que ocupa. Se trata, por tanto, de una división editorial, que no temática ni secuencial. Muestra de ello y de la interdependencia existente entre este volumen y los dos presumibles dedicados al sacramento de la eucaristía es la declaración de intenciones expresada en el Prólogo, en el que el autor insiste en la compleja secuencia gradual y orgánicamente integrada de la aún pastoralmente bastante ignorada y teológicamente poco reflexionada iniciación cristiana. De ahí el título de este volumen: *Iniciación cristiana I*, y la catalogación de las palabras bautismo y unción, que marca la

gran perspectiva eje que recorre todo el proyecto: la incorporación del creyente en una comunidad mistagógica que, a su vez, se incorpora en el misterio pascual-pentecostal de Cristo, muerto, resucitado y pneumatizado. Se perciben así las dimensiones antropológica, sociológica, eclesial, eclesiogénica, cristológica, pneumatológica y escatológica que el autor correlaciona con excelente maestría, a las que se unen las perspectivas litúrgica, pastoral y ecuménica presentes también en estas páginas.

Por lo que al desarrollo y a la materia de estudio se refiere, Domingo Salado estructura su estudio en tres grandes secciones. La primera, que cataloga de introductoria (pp. 25-119) es una de las mejores sistematizaciones en castellano de la actualidad, significado y alcance de la realidad de la iniciación en general y de la iniciación cristiana en particular. Si bien su contenido ya fue avanzado en un artículo publicado en la revista *Salmanticensis* en 2018, aquí es presentado corregido de una forma más completa. En esta sección, el lector rastreará la problemática actual que se plantea sobre la iniciación cristiana, una realidad cuestionada, problemática y paradójica debido al desorden vigente en su aplicación pastoral, y necesitada de reidentificar y replantear en sus justos términos, si se quiere recuperar la unidad interna y orgánica que se pretendió articular en el RICA, y que el autor concreta en las pp. 98-102. En este desarrollo, se advierten no solo la rigurosidad argumental y la densidad terminológica y conceptual que caracterizan al autor (que nos acompañarán a lo largo de todo el estudio), sino, sobre todo, la profundización en la originalidad cristiana sobre el común antropológico de todo proceso iniciador, la unidad simbólica y teológica que caracteriza la iniciación cristiana expresada en la secuencia sacramental bautismo-confirmación-eucaristía, el orden interno y la gradualidad en su verdad y en la praxis eclesial. Advuértase que el hincapié en la unidad gradual y orgánicamente integrada de la iniciación se repetirá a lo largo de la exposición posterior (pp. 479-480, 509-511, 663-664), haciendo del tratado un todo interrelacionado. A la luz de este discurso, el reto planteado por el autor resulta palmario: no solo atañe a reordenar la praxis eclesial ni tan siquiera, aunque

más profunda, a redefinir la identidad teológica de la iniciación, sino a generar comunidades cristianas realmente iniciáticas y mistagógicas.

La segunda sección, dividida en cinco capítulos, la dedica al análisis del sacramento del bautismo. En ella desentraña, primero, la génesis del bautismo cristiano, insertándolo en la economía de la salvación, para lo que rastrea la historicidad contextual (precedentes simbólico-rituales próximos), la escatológica (el bautismo de Jesús en el Jordán y la identificación cristológica implicada por el bautismo) y la simbólico-soteriológica (analizando las tipologías bautismales). Prosigue con el interesante capítulo sobre el bautismo como sacramento de la fe, en el que escudriña la importancia del nexo simbólico fe-bautismo, siendo este, a mi juicio, uno de los apartados más originales y más relevantes del volumen. Recientemente la Comisión Teológica Internacional ha reflexionado sobre la reciprocidad entre fe y sacramentos. Sin miedo a resultar presuntuoso, las válidas intuiciones esbozadas por la comisión no dejan de quedar en la penumbra por el acercamiento meticuloso al nexo que el Prof. Domingo Salado viene defendiendo desde hace ya más de treinta años. Si en capítulos anteriores se constata el sabio manejo de la sociología religiosa y de la fenomenología filosófica y religiosa, o el sabio manejo dogmático de la exégesis, en este se advierte su pericia en la hermenéutica histórica y su finura argumentativa, sistematizando las aportaciones positivas de los grandes padres y de la más pura teología tomasiana. El siguiente hito es el estudio del bautismo como sacramento de salvación, en el que explana la significación y axiología cristológicas del bautismo como 'vida nueva en Cristo'. El esquema tomasiano de las dimensiones rememorativa, representativa y pronóstica de los sacramentos le sirve para hilvanar la densidad cristológico-pneumatológico-ecclesial de este sacramento, insistiendo en la novedad y proyección ecclesiológicas de la incorporación concorporaizante en Cristo y, consiguientemente, en su cuerpo, que es la Iglesia. Resuena así el carácter ecclesiogénico y antropogénico del sacramento (nunca mejor dicho, nacer de nuevo), donde se pergeña el analogado principal de la antropología cristiana, que no es otro que la del *homo paschalis* posibilitado por la transformación ontológica y ética propiciada por el Espíritu. En esta nueva coyuntura antropológica, se entiende

la dimensión soteriológica del sacramento, en la que divinización, humanización y eclesialización coinciden; así como la necesidad de este sacramento en la economía salvífica, objeto de estudio del capítulo cuarto. Fiel a la importancia de una correcta hermenéutica sacramental, relee críticamente el planteamiento tradicional y, amparado en la lógica encarnacional y simbólica, desarrolla un discurso más coherente, integrado e integrador, fundamentado sobre seis vectores: una correcta hermenéutica de los textos bíblicos, un planteamiento eclesial de la soteriología, la inclusión del bautismo en un marco más amplio de la sacramentalidad que haga justicia a la analogía y organigrama sacramentales y a la estructura mediada de la revelación, la apelación a una eclesiología de raigambre cristológico-pneumática que supere el tradicional eclesiocentrismo, la valoración de otras vías de eficacia sacramental y el centramiento de la lógica de la gracia que no se trace a expensas de la doctrina del pecado original. Cierra este bloque bautismal el análisis de la praxis paidobautismal, que afecta directamente al reto ya insinuado de si las comunidades cristianas son realmente iniciáticas y mistagógicas, o simplemente sociológicas. La reflexión que halla aquí el lector huye de opciones pastorales superficiales (guiadas por la disyuntiva del sí o el no) y exige de él un miramiento sosegado de la trama paidobautismal que atienda a su profunda entraña teológica, soteriológica y eclesiogenética, de modo que, con una lucidez crítica, se vuelque en un realismo pastoral.

La tercera sección, un poco más breve, se centra en el sacramento de la confirmación, sacramento aún en búsqueda, debido a los múltiples modelos litúrgico-pastorales vigentes, que repercuten en la teología e identidad de aquel. Acorde con la premisa de que este sacramento se inserta en la unidad armónica, integral y progresiva de la iniciación cristiana, el autor propone lúcidamente su identidad desde la secuencia-contraposición pascual-pentecostalina, poniendo de manifiesto la crisis (y la crítica) en la que incurre el modelo pastoral desordenado que prima, y superando la comprensión psicologizante de la presencia del Espíritu en el confirmando, que lleva a presentar la confirmación como el sacramento de la fortaleza, de la mayoría de edad, de la confesión de fe adulta y, por consiguiente, a dilatarla temporalmente en el tiempo...

a sabiendas de que los psicólogos cada vez dilatan más. Por ello, el lector advierte ya desde el primer capítulo de este bloque esa necesidad de ahondar en la densidad pneumática del sacramento, atendiendo a la paulatina autorrevelación del Espíritu en la economía de la salvación. Esto permite comprender la confirmación como la sacramentalización del don del Espíritu Santo (o la pentecostalización del creyente y de la Iglesia creyente), explicitando desde aquí la razón económica de un nuevo sacramento de la iniciación y su consiguiente institución *sui generis*, desde donde se han de releer el resto de dimensiones tradicionalmente vinculados con esta unción (la personalista o neoantropológica, la eclesial, la misionera, la pastoral o apostólica, la escatológica...). El segundo aspecto, vinculado con el cómo surge el nuevo sacramento, da pie al segundo capítulo, centrado en su génesis e identidad histórico-litúrgica. En él repasa los diversos modelos acaecidos a lo largo de la historia: del paradigma unitario pascual-pentecostalino de las primitivas comunidades al modelo fragmentado y desordenado del segundo milenio, hasta llegar a la recuperación de la sacramentalidad dentro de la unidad iniciática. Adquiere aquí una peculiar relevancia su análisis del nuevo ritual, en el que destacan sus novedades litúrgico-teológicas que derivan en una interpretación pentecostal de la unción, que permite centrar la identidad y la semántica de la confirmación. Precisamente sobre estas versa el denso tratamiento sistemático del tercer capítulo, siempre girando en torno a su espesor 'espiritual' y sus consiguientes consecuencias personales, comunitarias, eclesiales, testimoniales, en el marco de la unidad interna de sentido de la iniciación cristiana. Por ello, la identidad del sacramento de la unción pentecostal no ha de concebirse únicamente en sí mismo, sino en su identidad relativa tanto con el bautismo como con la eucaristía. El seguimiento lógico del tratamiento de este sacramento no se hace esperar: a la recuperación de su identidad pentecostal le sigue un serio e incisivo planteamiento pastoral, que respeta la verdad iniciática de la confirmación y sugiere "una serie de criterios que la articulen con el tratamiento bautismal" y en coherencia con el proceso iniciático (pp. 663-667).

A estos tres bloques de desarrollos dogmáticos, litúrgicos, pastorales y ecuménicos, el autor añade una cuarta sección (pp. 663-801) y una

serie de índices (pp. 803-854), porque no debe perderse de vista que estamos ante un proyecto pedagógico, en el que se compendian muchos años de escrupulosa docencia. Muestra de ello son las tablas de contenido y las continuas ampliaciones bibliográficas (sistematizadas por aspectos y, en cuanto tal, adaptadas a profundizaciones posteriores por parte del lector) al comenzar y al finalizar cada capítulo (once tablas y diez ampliaciones); los diferentes índices, que propician diversos itinerarios de lectura, dependiendo de los intereses del destinatario – índice programático, índice selectivo de materias y conceptos, e índice de autores, concilios y documentos (estos dos últimos resultan muy valiosos y orientativos)–; y, sobre todo, los complementos temáticos y didácticos que componen esta extensa cuarta parte, que se tornan una propuesta para programar un curso de sacramentos de iniciación e incluso sugieren una metodología docente conforme al Plan Bolonia, en el que se insinúan, asimismo, lecturas *ad hoc* y posibles trabajos de afianzamiento y profundización curriculares.

Si hubiera que indicar algunos límites a este trabajo, señalaría los siguientes. Sería de desear que, así como la obra, a excepción de una nota editorial, comienza con un sumario, finalizara con el índice programático, que funge como índice general. El hecho de insertar este delante de los índices de materias-conceptos y nombres (esto es, 34 páginas antes de lo que debiera) dificulta una rápida visita por el volumen, máxime al tratarse de 854 páginas. Asimismo, se requeriría de alguna revisión más de la obra para minimizar las erratas y ofrecer un texto más uniforme. Y, sobre todo, se agradecería haber actualizado la bibliografía hasta nuestros días, y no hasta el año 2010, año en el que el Prof. Domingo Salado se jubila de la docencia académica y que la editorial tomó como punto final. Aun con todo, quien quiera disfrutar y saborear la riqueza de la iniciación cristiana, no puede menos de degustar estas páginas. – *Enrique Gómez García*

SÁNCHEZ TAPIA, M. (dir.), *María, Madre y modelo de vocación cristiana*. XXVI Jornadas Agustonianas, Centro Teológico San Agustín, San Lorenzo del Escorial (Madrid) 2024, 373 pp.

De la edición de las *Jornadas Agustonianas*, dedicadas al “Espíritu Santo, vida de la Iglesia”, la n. XXV en 2023, ya dimos cuenta en *EstTrin* vol. 57, 2023, 511-514. En esta ocasión ocupa el centro de la reflexión “María, como Madre y modelo de vocación cristiana”. Después de una amplia introducción a cargo del director de las Jornadas y de la edición de las mismas en este volumen, Dr. Manuel Sánchez Tapia, OSA, en la que recoge y clasifica los textos marianos del NT, del Concilio Vaticano II (sobre todo de la LG en su último capítulo), de los Papas, especialmente la encíclica mariana por excelencia *Redemptoris Mater* (25/03/1987) de san Juan Pablo II (pues el tema elegido para las Jornadas es precisamente *María, Madre y modelo*) junto con una selección de textos más prácticos del Papa Francisco, el volumen aborda el tema mariano en ocho densas ponencias, unas de perenne actualidad como la del profesor en la Facultad de Teología de Burgos José Luis Cabria Ortega, en la que actualiza el significado de los cuatro dogmas marianos a partir de la verdad de María y sobre María, con el estudio de las fuentes para acceder a ella, de todo lo cual deduce el autor que “las afirmaciones dogmáticas corroboran [...] el contenido de lo que el NT nos ha ofrecido como retrato teologal de María. María es la misma, una y única”, en la Escritura, en los dogmas, en la historia de la Iglesia, en la vida y experiencia de los cristianos discípulos de su Hijo. De gran actualidad es también la presentación de la cuestión mariana en el ámbito ecuménico a cargo del profesor de la UPSA Dr. Fernando Rodríguez Garrapucho, diálogo más fácil en lo doctrinal con los ortodoxos y más complicado con los herederos de la Reforma protestante a causa sobre todo de la “mediación” que, restringida sólo a Cristo, no sólo la de María sino la de la misma Iglesia queda en entredicho. Después de repasar los distintos diálogos ecuménicos sobre el puesto y significado de María, el autor termina afirmando que “la mariología en el diálogo ecuménico no es un tema menor, y que la resolución de los problemas doctrinales y litúrgicos en torno a María es hoy una de las tareas más importantes que los cristianos tienen ante sí”.

Podríamos decir que también es siempre actual otras dos ponencias que presentan a María como “Madre de la vida” a cargo de la abadesa de las “Carvajalas” de León, Dra. Ernestina Álvarez Tejerina, OSB, que presenta a María “como una mujer ‘enamorada de la vida’ y como madre que engendra constantemente vida a su alrededor y no sólo ni principalmente vida espiritual”. La otra ponencia, vamos a decir complementaria, es la del Dr. Agustín Giménez González, director del Departamento de Sagrada Escritura, de la Universidad Eclesiástica San Dámaso (Madrid) en la que reflexiona sobre María como “Madre de la humanidad redimida” que es el título “que mejor define la colaboración de María con Cristo en el plan salvífico de Dios [...] siendo esta maternidad universal, espiritual, sobrenatural, verdadera y propia”. Luego hay que destacar una novedad en el desarrollo de estas Jornadas, y es la incorporación dentro de ellas de un concierto a cargo de la Escolanía del Real Monasterio del Escorial, con temas marianos no sólo clásicos en gregoriano y polifónicos, sino también otros de aquella época llamada “de plata” entre los compositores españoles que siguió al motu proprio de San Pío X *Tra le sollicitudini* sobre la música sagrada (22/11/1903), entre ellos el claretiano vasco Luis Iruarízaga (1891-1928), también Eduardo Torres (1872-1934) etc, con la explicación muy oportuna, a modo de notas al programa, de las historia y significado, por ejemplo, del origen del famoso *Ave María* de Schubert, y de las demás composiciones, que interpretó la Escolanía, de la que es director artístico D. José María Abad Bolufer y el agustino Pedro Alberto Sánchez su Maestro de Capilla. También me ha parecido un acierto la anteúltima ponencia referida a la imagen de María en el arte filipino, del P. Blas Sierra de la Calle, OSA, director del gran Museo Oriental de los agustinos de Valladolid, con una amplia colección de ilustraciones (40), desde las anteriores a la independencia con rasgos marianos occidentales, y otras con rasgos más propios de las gentes de las islas, procedentes de autores del siglo pasado. Pero entre todas las colaboraciones las que me han parecido más interesantes para uno que mira desde fuera de la perspectiva agustiniana, son las dos de temática “antigua”: la que nos ilustra sobre la figura de María en los Sermones de San Agustín, a cargo del Dr. Enrique A. Eguiarte

Bendímez, OAR, del Instituto Patristico Agustiniano de Roma, que ya en el título “Sermones” apunta al género literario de la llamada “teología predicada” o, dicho de otra forma, “así como sus grandes tratados desarrollan la mariología, sus sermones son la popularización de dicho pensamiento mariano”. Por su parte, D. Juan María Leonet Zabala, se sitúa bastantes siglos después rescatando para los lectores de hoy la figura de María, mujer y Madre de Dios, en Santo Tomás de Villanueva (1488-1555), siempre sin perder de vista la época en que vive y el arte de la oratoria entonces practicado, así como la presencia de María en el calendario litúrgico de la época anterior al Misal de San Pío V de 1570, que le dan ocasión de predicar abundantemente sobre los más distintos aspectos de la figura, virtudes, situaciones, belleza inmaculada de María, sin perder nunca la referencia cristológica y trinitaria, apoyándose en la Escritura y naturalmente (fraile agustino que fue) en San Agustín sin olvidar la enorme aportación mariológica de San Bernardo, aunque tanto el uno como el otro todavía no estaban preparados para fundamentar el dogma de la concepción inmaculada de María, que parecía poner en cuestión la redención universal operada por Cristo. En los sermones (conciones, se llamaban entonces) de Santo Tomás de Villanueva María es presentada como Madre de Cristo y de la Iglesia, Madre de los hombres, intercesora poderosa, mediadora y corredentora con Cristo, abogada, señora del mundo y emperatriz de toda la creación..., todo según las fiestas de la Virgen y el auditorio a quien se dirigía. Como vivió durante 33 años con el Hijo que llevó durante nueve meses en sus entrañas... lógicamente su vida estuvo envuelta en el misterio del Dios hecho hombre, que, sin grandes expresiones místicas exteriores, que nadie notó, hubo de ser una anticipación “así en la tierra como en el cielo”.

A la vista de este panorama aquí presentado, la mariología sale fuertemente reforzada en el plano dogmático, pastoral y artístico, por lo cual me atrevo a afirmar que el objetivo de estas XXVI Jornadas Agustonianas en torno a *María, Madre y Modelo de vocación cristiana*, ha sido plenamente logrado. – José María de Miguel González, OSST

EGUIARTE, E., *Regla de san Agustín. Estudio y exposición*, Rafael Lazcano Editor, Madrid, 2024, 301 pp.

Decía B. Sesboüé que todo gran teólogo tenía que dejar para la posteridad una cristología, pues no se entendería un teólogo sin su peculiar acercamiento al centro de su fe. Salvando las distancias, en el ámbito del agustinismo, podría decirse que todo gran agustinólogo tiene como empresa comentar la *Regla* de san Agustín, pues ella se convierte, al modo que las bienaventuranzas, en el busilis de la experiencia teologal y antropológica de este. En este sentido, el libro que presentamos colma la deuda que se le podría contar a Enrique Eguarte, prolífico investigador del obispo de Hipona, profesor en el Instituto Patrístico de Roma y presidente, desde hace ya algunos decenios, del Instituto de Agustinología de la Orden de Agustinos Recoletos.

En las presentes páginas, el lector encontrará dos grandes bloques temáticos. Por una parte, un prolijo estudio de la cuestión histórica, literaria y retórica de un texto bastante exiguo en extensión, mas de enorme repercusión monástica y cultural (pp. 19-62). Son de todos conocidos los debates que a lo largo del siglo pasado se han sucedido sobre la autoría de la *Regla*, su texto primigenio, sus destinatarios originales... El acierto del autor radica, precisamente, en realizar un concienzudo, actualizado y bastante completo estado de la cuestión sobre estos aspectos, recorriendo los motivos de su composición, la datación y fecha de elaboración del escrito, su autoría, su edición primera, su estructura retórica, su centralidad teológica y los documentos relacionados con él, de los que analiza más detalladamente los cuatro que estima principales: el *Ordo Monasterii*, el *Praeceptum*, la *Obiurgatio* y la *Regularis informatio*. Por otra, el detenido comentario contextual-espiritual a la *Regla*, capítulo por capítulo y párrafo por párrafo (pp. 65-221). Dicho comentario ha de entenderse, más bien, a manera de ensayo, en el sentido de que el lector no hallará una simple paráfrasis al uso del texto, sino, ante todo, un compendio de sabiduría: el autor siembra a lo largo de estas páginas no solo lo que dice el texto, sino también lo que sugiere, lo que encierra, lo que lo rodea y lo que el autor conoce de la época y de la obra agustiniana. Sobre este particular, resulta enriquecedor leer la espiritualidad de la *Regla* a la luz de la

espiritualidad agustiniana, tal como refleja Enrique Eguiarte a través del denso aparato crítico, en el que, de una manera explícita, nos brinda un florilegio de textos que secunda y enriquece bien el pensamiento concisamente expresado por el santo en la *Regla*, bien explicaciones que el autor del libro realiza para enmarcar sus ideas.

Acompañan estos dos ricos materiales otros apartados menores, pero no por ello menos interesantes e importantes. En primer lugar, un breve prólogo firmado por el famoso conocedor de san Agustín Peter Brown, profesor emérito de Historia en la *Princeton University*; una serie de apéndices documentales —traducciones de los documentos *Ordo Monasterii* (pp. 223-224), *Praeceptum* (pp. 225-229) y *Regularis informatio* (pp. 230-235), y la versión latina del *Praeceptum* (pp. 236-240)—; un significativo álbum iconográfico sobre la recepción de la *Regla*, de Antonio Iturbe (pp. 241-272); y los consabidos complementos del índice de siglas y abreviaturas (p. 8), la bibliografía (pp. 273-282), el índice de obras citadas de san Agustín (pp. 283-284), el de textos bíblicos (pp. 285-286), uno temático (pp. 287-294), uno onomástico (pp. 295-298) y el índice general de la obra.

La edición, realizada por Rafael Lazcano, está cuidada y resulta elegante, si bien realizaría unas observaciones rápidas: a sabiendas de que implica aumentar las páginas, dado que en otras ocasiones el editor se muestra espléndido en el tratamiento de los espacios, independizaría la página de siglas y abreviaturas; a lo largo del texto, economizaría el uso de las negritas, ya que, cuando el párrafo de la *Regla* que se comenta es breve, las negritas, usadas para resaltar el texto que se comenta, funcionan a manera de título y no desentonan; pero, cuando el texto se va a más de dos líneas, emborronan la mancha, haciendo preferible el uso de otra modalidad tipográfica para destacar el texto agustiniano; el símbolo usado para diferenciar las diversas entradas bibliográficas resulta antiestético e incluso infantil. Por último, solo queda agradecer este nuevo comentario a la *Regla* de san Agustín que sin duda ayudará en la profundización espiritual y carismática a todos aquellos consagrados que la profesan y a todos aquellos que se quieran acercar a este enquiridión del pensamiento del Hiponense. — *Enrique Gómez García*

JUSTO, E. J., *La belleza del ser humano. Reflexiones desde la teología*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2022, 141 pp.

A nadie se le escapa que corren malos tiempos para el ser humano en la cultura actual. Son múltiples los movimientos, de muy diversa índole, que ponen en entredicho su singularidad, naturalizándolo e incluso ignorándolo. De hecho, el repaso por estas páginas subraya reiteradamente algunos de ellos, como el transhumanismo, la ideología de género, la equiparación de los derechos humanos a la de los animales, el desarrollo de las neurociencias, la difusión de la postverdad... De ahí que quizá resulte controvertida la afirmación del autor de que “el valor de lo humano configura la vida de las personas y de las sociedades como un criterio determinante” (p. 9). Sea como fuere, esta breve reflexión introductoria del Prof. Emilio José Justo a la antropología teológica (o a la reflexión teológica sobre él, como recoge el subtítulo) pretende recobrar ‘la belleza del ser humano’ (como reza el título), su dignidad, su unicidad, su irrepetibilidad, y lo hace desde Dios, pues estima, muy agustinianamente, que la auténtica pregunta antropológica radica en quién sea el ser humano para aquel.

Este planteamiento descubre los rasgos de esta publicación dignos de mención. Por una parte, el reclamo del puesto de la reflexión teológica sobre el ser humano en el ámbito del resto de acercamientos regionales al mismo, adoptando un talante dialógico y propositivo. Más aún, cuestionante, pues, más que responder, a la manera apodíctica, procura suscitar preguntas. Por otra, el marco personalista que recorre todas las páginas, no solo porque uno de sus apartados más logrados reflexione sobre su ser personal (pp. 33-62), sino porque el ser humano en todo momento aparece como un alguien frente a otro Alguien, como un ser amado, lo que le permite desarrollar una comprensión abierta, dinámica y holista de quien es. Además, este marco queda enriquecido con el cariz cristológico, y en ocasiones pneumático, que adquiere toda su reflexión, habida cuenta del enfoque desde el que escribe, con lo que los postulados filosóficos, sociológicos, psicológicos y científicos que lo acompañan quedan impregnados del necesario toque teologal. Y no resulta nada desdeñable subrayar la claridad expositiva, la sugerente redacción y la atinada capacidad de síntesis, regalando con asiduidad

esas frases aquilatadas y redondas que dicen y sugieren más que lo dicho, y que dan que pensar.

Por lo que a la temática se refiere, en estas páginas se abordan los clásicos conceptos de una visión cristiana del ser humano: la creaturidad como imagen destinada a la filiación y la personalidad reflejada en la singularidad, la corporalidad, la libertad, el amor y la misión (sin lugar a dudas los dos capítulos más densos, logrados y extensos); la fragilidad, con atinadas reflexiones sobre la contingencia, la vulnerabilidad, la muerte y el mal; la racionalidad, denotada por el lenguaje, el pensamiento, la ciencia y la creatividad; la estructura comunitaria de la existencia; y la condición teologal de la persona, a la luz de la espiritualidad, la experiencia de Dios y de la salvación, y la intuitiva reflexión sobre la eternidad. De índole divulgativo, la reflexión no se ve frenada por citas en exceso, sino que estas aparecen lo justo y necesario, sugiriendo notables perspectivas de profundización; y, en virtud de su traza introductoria, no procura agotar los temas, sino solo insinuarlos, brindado en las últimas páginas (139-141) una guía comentada de once lecturas que el lector interesado puede solicitar para seguir construyendo su propio itinerario. — *Enrique Gómez García*

LABOA, J. M^a., *Nada sin el otro. Vivir contemplando el signo de los tiempos*, Ediciones Khaf, Madrid 2024, 343 pp.

“Esta historia personal, escrita de corrido durante unos primeros días de la pandemia, es en gran parte una historia de nombres propios”. En efecto, cuenta su propia historia, una especie de autobiografía, desde su nacimiento el año 1939 en Pasajes de San Juan (Guipúzcoa), pasando por su larga formación romana, luego su docencia en la Universidad de Comillas y en San Dámaso, hasta su jubilación con 65 años para luego dedicarse a sus cosas..., escribir los libros que quería, conferencias, y sobre todo cultivar amistades que han marcado su vida que ha consistido en lograr hacer de ella a modo de programa “nada sin el otro” y esto “a pesar de mi carácter reservado e introvertido”: ¡quién lo diría leyendo estas memorias! Todo esto sin dejar de estar presente

en el mundo madrileño estudiantil y parroquial como sacerdote. Dice que es “una historia de nombres propios”. Así es, por estas páginas pasan nombres conocidos del ámbito eclesial, académico, político de la época de la Transición con los que Laboa ha tratado y de los que guarda, en general, buen recuerdo. Llama la atención que a lo largo del texto autobiográfico repite muchas veces lo feliz que ha sido en todas las etapas de su vida en la (casi) perfecta realización de su vocación sacerdotal y académica, así como el haber cultivado verdadera amistad con muchas personas que lo han acompañado en su etapa romana, en Madrid, en Sevilla hasta el momento presente, los recuerda con nostalgia y agradecimiento. Ese cultivo del acompañamiento y las amistades con los laicos creo que lamentablemente está casi ausente en nuestra pastoral, pues “hay una parte importante de los católicos que casi nunca tienen ocasión de seguir de cerca la vida de la Iglesia o de mantener contactos reiterados con sacerdotes más allá de la misa dominical, que, en el fondo, casi nunca desemboca en un encuentro personal”.

A veces, siguiendo su historia he sentido tristeza al leer con gusto lo que él hizo en los colegios mayores que dirigió, su contacto con los jóvenes universitarios, frente a la situación actual de desapego e indiferencia respecto de la cuestión religiosa por parte de una mayoría. Siendo como es un gran historiador de la Iglesia y su preocupación por enseñarla en su contexto propio de modo que ilumine la vida de la Iglesia, llama la atención que en esta autobiografía no haya apuntado algunos motivos o causas de esta enorme decadencia, de difícil contraste con otras etapas de la historia de la Iglesia, pues como él mismo escribe: “No es explicable o no hemos conseguido entender la secularización de miles de sacerdotes de la noche a la mañana [...] En un santiamén las monjas y los sacerdotes dejaron sus hábitos...”. Evidentemente, el libro no iba de eso, pero ya metido en el repaso de su vida podría sugerir alguna reacción más allá de aludir al Papa Francisco (los dos anteriores no parece que gozan de su devoción como tampoco los obispos de Madrid excepto Tarancón) como signo de renovación. El libro se lee de un tirón, porque está muy bien escrito

y por lo que cuenta para los que hemos pasado por momentos de esa misma historia. — *José María de Miguel González*

ÁVILA, A., *Juan de Dios Martín Velasco. Testigo del Dios que nos habita*, Ediciones Khaf, Madrid 2024, 151 pp.

El profesor Antonio Ávila publica este pequeño volumen sobre el otro gran profesor Juan de Dios Martín Velasco (1934-2020) y lo hace como discípulo y como amigo. En el subtítulo deja entrever A. Ávila la grandeza de Juan de Dios, llamado así porque nació el día 8 de marzo, memoria litúrgica del santo andaluz: por encima de sus méritos como autor de obras innovadoras sobre la filosofía de la religión (obras de esa temática y de otras referidas a la evangelización y a la oración...), por encima de su calidad de profesor y rector del seminario de Madrid y de director del Instituto Superior de Pastoral, Martín Velasco ha sido a lo largo de su vida “testigo del Dios que nos habita”. ¡Vaya título! No de un Dios lejano y trascendente, sino de Dios que camina con nosotros por este mundo peligroso. Escribe aquí el autor con cariño y devoción una especie de biografía de Martín Velasco con los datos esenciales desde su nacimiento en una aldea de las estribaciones de Gredos, Santa Cruz del Valle, pasando por su entrada en el seminario de Madrid a los 10 años (curso 1944/45) para ser ordenado de presbítero en septiembre de 1956, con dispensa, a los 22 años (“no es comparable a un joven de 22 años hoy”) y ser enviado a la universidad de Lovaina (curso 1956/57) con una beca del CSIC para licenciarse y luego doctorarse en filosofía “sobre el pensamiento de Henry Duméry” que por entonces tenía varios libros en el Índice de libros prohibidos... Son algunos rasgos de su biografía que bien merecería una más grande y detallada, rasgos que cuando aluden a su dimensión más personal, de su camino espiritual hacia una segunda conversión (no que hubiera habido una primera de la mala vida a la buena que nunca jamás sucedió) consistente en una asunción más consciente y personal, más entrañable, de su vocación sacerdotal y de su relación-encuentro con Dios y de su entrega a los hermanos, en todos los servicios que le pidieron y encargaron, no sólo

en el ámbito académico sino también en el pastoral, pues para él había que llegar a “una verdadera conversión pastoral que tenga como su centro el desarrollo de la dimensión mistagógica de todas las acciones de la Iglesia”. Digo que estos rasgos los ha sacado A. Ávila entresacados de las pocas confesiones personales aparecidas en distintos artículos publicados a lo largo de su vida. Al leer este pequeño libro me ha hecho recordar a otro gran sabio y santo sacerdote salmantino Marcelino Legido (1935-2016), ambos marcados por una gran formación (Lovaina uno, Múnich, otro) y un grande amor a la Iglesia cada uno a su manera y cumpliendo el encargo recibido siempre al servicio del Evangelio. Para quien no haya oído hablar de Martín Velasco o tal vez haya leído algo de sus numerosos escritos, cuyos títulos están recogidos al final de este libro, la lectura de estas páginas le resultará interesante (creo yo) por lo que cuenta y como lo cuenta A. Ávila: “Juan fue un maestro de oración, de fe, de vida... capaz de acompañar de forma personal y respetuosa el caminar de los que tuvimos la suerte de encontrarnos. Un magisterio que sigue vivo en su obra”. Y termina citando textos de algunos que lo conocieron más a fondo como Miguel García-Baró, el cual dice que “a Juan solo lo conocemos los que hemos estado frecuentísima y largamente en las celebraciones litúrgicas que él presidía en la parroquia de San Pablo, en los barrios nuevos entre el Puente de Vallecas y Vallecas”; y Xabier Pikaza, para quien Martín Velasco “pudo haber sido el gran Arzobispo de Madrid... tras la jubilación del Cardenal Tarancón... pero quedó relegado por razones de política eclesial (en su lugar fueron nombrados primero A. Suquía y luego Rouco)”. Este fue Juan de Dios Martín Velasco, “un grande llamativamente humilde” (Felisa Elizondo), que Antonio Ávila nos lo ha acercado en este precioso relato sobre su vida, escritos y actividades académicas y pastorales, sobre todo como “testigo del Dios que nos habita”. — *José María de Miguel González*